

CUANDO LA FALANGE FUE UNA SIMPLE APARIENCIA, ME QUEDÉ FUERA

En la revista *Blanco y Negro*, el excelente escritor Rafael García Serrano hizo las siguientes manifestaciones: CUANDO LA FALANGE FUE UNA SIMPLE APARIENCIA, ME QUEDÉ FUERA.

En la misma revista, con fecha 30-XI-1979, publiqué como respuesta a las mismas, estas reflexiones:

Dos notas breves y expresivas sobre mis ideas y relaciones con la Falange, con posterioridad al desempeño de mis cargos públicos:

Don Ramón Serrano Suñer responde -a instancia nuestra- a don Rafael Serrano. No hemos querido organizar polémica alguna y sí encontrar una opinión de altura. El señor García Serrano decía la semana pasada en esta sección: «Con camisa azul estuvieron en el poder Serrano, Sainz Rodríguez o Ibañez Martín, ¿Y quién ignora que jamás fueron falangistas?» La respuesta del señor Serrano Suñer es como sigue:

Con el excelente escritor García Serrano tengo una amistad nueva; hecha a través de una confrontación civilizada de discrepancias y también de cordiales y delicadas asistencias recíprocas en horas íntimamente dolorosas. Al replicarle, con motivo de la mención que aquí me ha dedicado, cuidaré de no introducir cualquier actitud que perturbe la cordialidad de nuestra relación, pero cuidaré igualmente de expresarme con la mayor sinceridad, ya que otra cosa sería impropia de los dos.

Dice García Serrano que yo vestí la camisa azul, pero que nunca fui falangista. Imagino que se refiere al punto de autenticidad que atribuye a mi afiliación a la Falange unificada de 1937, la única que desde entonces existió o por lo menos la que tuvo por militantes al propio García Serrano y a cuantos él considera falangistas genuinos.



Cuestión ésta confusa y hoy un tanto ociosa: ¿en qué consiste haber sido falangista o haber dejado de serlo?, ¿en la filiación formal o en algún secreto entusiasmo traducido en palabras y raramente en la acción?

Es cierto que yo antes de abril de 1937 no era un falangista militante, aunque hubiera ayudado y servido en muchas ocasiones a **José Antonio**, por lo que él me expresó públicamente su gratitud. Es cierto también que tuve intervención relevante en el acto de la «Unificación», que entonces se consideraba por el mando como medida mínima indispensable para evitar la anarquización de las fuerzas concurrentes a la guerra civil. Y es igualmente cierto que hubiera habido otro medio para asegurar la disciplina: suprimir pura y simplemente el pluralismo civil. Consejos en esa dirección no faltaron.

Si yo figuré entre los que prefirieron la primera solución fue, ante todo, por tratar de salvar, dentro de lo posible en las circunstancias de entonces, el legado político

de José Antonio, cuya figura siempre querida y admirada -en la Universidad, en el Parlamento y en la vida común- se agigantaba ante mi en aquellas horas dolorosas.

Salvar aquel legado era poner en práctica, en la medida -repito- de lo entonces posible, su doctrina política y social; y busqué la colaboración de quienes me parecieron más idóneos para seguir las exigencias de rigor, de nivel intelectual y de estilo público, en las que él tanto había insistido, y, sobre todo, para impregnar al régimen naciente de las exigencias de moralidad pública que para él eran sustanciales y que aún hoy -y sobre todo hoy- representan un programa de necesidad y oportunidad incuestionables.

A eso miré. A eso atendí. En eso me empeñé hasta donde mis fuerzas y la ayuda ajena lo permitieron. Yo contemplaba, y sigo considerando, a la sociedad española con ojos de reformista sincero. José Antonio, que era de la estirpe de los regeneradores -de tan ilustre tradición política en nuestro país-, se fue radicalizando cada vez más, y creo que fue en el último año de su actuación pública cuando sus previsiones de reforma social se acentuaron, anteponiendo la profunda refundición social de España a otros objetivos originarios.

Con todas nuestras limitaciones, en los años de nuestra gestión pública se promulgó el Fuero del Trabajo, se establecieron las bases de la organización sindical, de la juventud, y la obligatoriedad de algunos servicios sociales. Si estar en esa línea de postulaciones era ser falangista yo lo fui no sólo por indumentaria, sino de razón. Es cierto que había entonces en torno a mí muchos falangistas a los que todo les parecía poco -y con razón- y que presentaban un talante rebelde, crítico, intransigente. Unos perseveraron honrada y sacrificadamente en esa actitud (con ellos incluido algún palma de plata, muchos miembros de la División Azul -yo, reformista; ellos, revolucionarios-, se ha mantenido su sinceridad y rectitud una relación recíproca de amistad y respeto), pero los más, cuando la Falange se convirtió en mera coreografía azul, en burocracia sin impulso (lo que tanto había temido José Antonio), pasaron de resistentes a acomodados y siguieron en sus filas vistiendo el uniforme y siguiendo pronunciando unas palabras que ya no eran más que palabras, y así más de treinta años.

Cuando la organización falangista aún abrigaba un ideal puede que yo fuera un falangista tímido o corto ante los más avanzados; pero cuando estuvo claro que sólo era una apariencia yo me quedé fuera. A ésa, efectivamente, no he pertenecido.

Es indudable que quedan, que existen falangistas de convicción profunda, idealistas, creyentes, gentes puras, honestas, sacrificadas, pero a la vez es manifiesto que, en medio de la confusión de nuestros días, se califica, se autocalifica, se descalifica, con tendencia tan corriente a identificar lo subjetivo con lo objetivo y a dar objetividad y valor universal a respetables opiniones o sentimientos particulares respetables en unos casos y en otros menos.

(Blanco y Negro, 30 de noviembre 1974.)